

Editorial

Las profesiones de la salud: entre gratificación y agotamiento

P. Silvio Marinelli Zucalli

Director

Las profesiones para la salud están rodeadas, desde siempre, de un aura de respeto y admiración; generalmente, la gente «de a pie» tiene confianza en los médicos, enfermeras, técnicos de la salud: a ellos confía su vida y la de sus seres queridos cuando están enfermos. Nos gustaría, además, que nos trataran con humanidad, que nos ayudaran no sólo a enfrentar las embestidas del sufrimiento, sino a mantener nuestra dignidad y cultivar nuestra esperanza. Muchos atribuyen a estas profesiones la calidad de «vocación»: se debe tener «algo» particular para desempeñar una labor a favor de los que sufren; tal vez un conjunto de actitudes humanas, valores y principios, que deben asociarse a la preparación científica.

Los mismos profesionales, en su mayoría, han elegido estas profesiones animados por motivaciones «fuertes»: la solidaridad y el espíritu de servicio, el deseo de ayudar y aminorar los sufrimientos, un espíritu generoso, etcétera.

Frente a estas dos premisas, podríamos esperar que todo «funcione bien»: que el público que acude en busca de salud sea satisfecho y que los trabajadores del mundo de la salud se sientan realizados, orgullosos de su labor y con ganas de una superación permanente en su desempeño laboral.

En realidad las cosas marchan de manera muy diferente. Los usuarios se topan a menudo con profesionales cansados, estresados, desmotivados, tal vez duros o cínicos, fríos y burocráticos. Crece el malestar en los usuarios y los mismos profesionales se cuestionan sobre lo que está pasando.

Se trata del fenómeno del agotamiento profesional (en inglés, burn out), un verdadero desafío para el mundo de los servicios para la salud. Desde hace algunas décadas se multiplican los estudios y la literatura a propósito es desmedida; se organizan congresos y talleres de estudio, se hacen propuestas para resolver el problema. En un taller de estudio en el que participé hace dos años, se proponía insertar al agotamiento entre las enfermedades profesionales (con todas las consecuencias de tipo laboral, retributivo y respecto a la jubilación); otros ponentes subrayaban la dificultad de dar este paso y muchos otros expresaban su desconcierto e impotencia frente al fenómeno.

No es tarea de este artículo describir, al por menor, las causas del fenómeno, su manifestación y sus posibles vías de solución (otros lo harán en esta revista desde diferentes puntos de vista). Me limito a proponer a nuestros lectores una reflexión muy sencilla y que enfrenta sólo parcialmente el fenómeno.

En otras épocas, y también hoy, hay personas que trabajan en el mundo de la salud en condiciones muy difíciles, con carencias de recursos y personal especializado (pienso en dos ejemplos: uno lejano en el tiempo, San Camilo hace cuatro siglos, y uno de nuestros días, la Beata Madre Teresa de Calcuta); a estos problemas se sumaban y se suman dificultades ambientales: organización poco desarrollada y disfuncional, trabas políticas y administrativas, pobreza de cultura de salud y material, etcétera. A pesar de esto, muchas personas continúan en su labor, su «servicio», con esmero, sin desmoronarse, con entrega y,

también, con gusto y gozo. La fuente de esta entrega y de su duración, pese a las dificultades, la atribuyen a su espiritualidad.

Tal vez pueda ser éste un camino para muchos otros que sienten el deseo de ayudar al prójimo con competencia profesional y con generosidad y no quieren «agotarse » en tiempos más o menos largos: la recuperación de la dimensión espiritual como fuente de motivaciones duraderas, con sus valores y creencias que despiertan recursos internos de la persona y viven el trabajo enriqueciéndose humana y espiritualmente en el contacto con hermanos que les transmiten su deseo de vivir y su gratitud por los cuidados que reciben.